

Los Patriarcas Abraham y la promesa

1. Un Dios que llama

Para comenzar su diálogo con los hombres, Dios no elige pueblos de avanzada civilización, o grandes imperios, porque en ellos Yahveh quedaría reducido a un dios más entre los muchos dioses que adoraban. Dios elige una tribu de pastores que en su continuo caminar buscando buenos pastos para su ganado, llevan consigo y veneran al dios de su tribu y de su familia. Nuestro Dios va entrando en el mundo y en la historia de a poco, calladamente. Comienza a ocupar un lugar en el corazón de Abraham, de su familia, de su clan... Se le manifiesta como un Dios que bendice a los suyos, que puede hacer promesas importantes. Lo único que pide a Abraham es la fe cargada de confianza en que Él es un Dios fiel.

La elección de Abraham inicia el tiempo de preparación al advenimiento de Cristo. La vocación de Abraham está contada en Génesis 12. Dios le pide que deje su tierra, y que se dirija a un país que le será indicado. Dios promete hacer de Abraham un “gran pueblo”, portador de bendiciones para todos los pueblos de la tierra.



2. La respuesta de Abraham

Abraham obedece sin poner la menor objeción. La expresión “y se puso en camino” tiene más fuerza que largas descripciones. Abraham no habla, expresando así su incondicional obediencia a una orden y a una promesa cuyo valor no puede imaginar. Lo que se dice de Abraham es para presentarlo como un modelo de fe en el sentido de aceptación completa de la Palabra de Dios. La Biblia no nos presenta la respuesta de Abraham como algo fácil. El tiempo que va pasando, sin que las promesas se cumplan, y la oscuridad de Abraham (Gen. 15), prueban duramente su fe y nos muestran su dimensión humana expresada en desaliento, cansancio, desilusión... Sobre todo esto triunfa la fe.

Hay en Abraham una actitud de marcha y de esperanza. En esta actitud de caminante esperanzado, aparece el carácter de camino de la vida como respuesta a la llamada de Dios, carácter que constituye uno de los elementos de la salida de Egipto. No es casual que al narrar la salida de Abraham de Ur (Gen 15,7) se lo haga con palabras que recuerdan los términos del Éxodo.

3. Las promesas de Dios

Las promesas a los patriarcas dan unidad al conjunto de las narraciones que van desde la vocación de Abraham hasta la muerte de José (Gn 12-50).

Las promesas no son algo espiritual e interior; se refieren, más bien, a esos bienes exteriores que son indispensables para que un grupo humano pueda ser considerado “pueblo”. Por eso incluyen la tierra y la descendencia, ya que cuando exista un pueblo, Dios podrá hacer alianza con él.

Gn 12,1-3 nos presenta una síntesis del contenido de estas promesas divinas: la tierra, la posteridad, la bendición, la mediación de Abraham en la bendición de todos los pueblos. Gn 15,18 y Gn 17,2 incluyen entre las promesas divinas también la alianza.

- **La tierra**

La promesa de la tierra supera en importancia a la misma promesa de llegar a ser pueblo; es muy antigua y enraizada en la historia de los patriarcas, a tal punto que esa promesa le da unidad a esa historia.

En un principio, cuando los patriarcas eran nómades, la idea de Dios no estaba unida a un lugar sino a una familia, que experimentaba la guía de Dios en los lugares más variados. Pero cuando comienza el proceso de sedentarización, Dios se manifiesta de una manera nueva, como “el Dios de la tierra”. Las promesas divinas, entonces, dan un carácter religioso y providencial a las motivaciones históricas que van situando a los patriarcas en su nueva tierra. A través del don de la tierra, los israelitas encuentran un nuevo camino para sentir a Dios y expresar su profunda religiosidad.

Por otra parte, era idea común entre los pueblos antiguos sedentarios, que el “dios protector” de cada pueblo le otorgaba como don la tierra que poseían, que se convertía así en sagrada, inviolable, medio de comunión con la divinidad. De aquí surge la idea bíblica posterior de la Tierra de Israel, como “Casa de Dios” o como “Tierra Santa”.

- **La posteridad y el pueblo**

Gn 15 (la promesa de Dios a Abraham) y Gn 22 (el sacrificio de Isaac) nos presentan en forma insistente a Dios como el que da la vida a la descendencia de Abraham. El relato del sacrificio de Isaac, expresa el dominio de Dios en el suscitar y conservar la vida de la posteridad de Abraham.

La esterilidad de Sara (Gn 16,1) y de Rebeca (Gn 25,21), las esterilidades alternativas de Lía y de Raquel (Gn 30), el rol supletorio de las concubinas, todo está orientado a demostrar que la descendencia surge de una voluntad divina, que está en el origen de la vida del pueblo de Israel.

- **La Alianza**

Dios, no solamente prometió a los padres una tierra y una posteridad, también les prometió ser su Dios y el de sus descendientes. De esta manera los pone ante la perspectiva de una relación muy particular consigo, es decir, en el clima de la Alianza, que anticipa la alianza del Sinaí. De esta manera, las palabras de Dios a Abraham: “Yo seré tu Dios y el de tus descendientes” (Gn 17,7) aparece como la primera parte de la fórmula de la Alianza del Sinaí: “Yo seré el Dios de ustedes y ustedes serán mi pueblo” (Éx 19). Israel se convirtió en pueblo de Dios mediante la revelación de los mandamientos y la institución del único culto legítimo.

La historia de los patriarcas que se conservó durante siglos en la tradición oral, fue puesta por escrito mucho tiempo después del Éxodo y quedó marcada por aquella experiencia. Es que, Israel, frente a los grandes acontecimientos, releyó de nuevo cada vez su historia arrojando nueva luz sobre los hechos del pasado. De esta manera, la historia de los patriarcas, y especialmente la de Abraham quedó marcada por la Alianza del Sinaí, de la que aparecerá en adelante como un anticipo.